



Investigaciones Socio Históricas Regionales  
Unidad Ejecutora en Red – CONICET  
Publicación cuatrimestral  
Año 3, Número 7, 2013

## INTELECTUALES DE IZQUIERDA, SUJETO REVOLUCIONARIO Y USOS DEL MARXISMO EN LA ARGENTINA DE LOS '60-'70's: REPRESENTACIONES EN TORNO AL PERONISMO, LA CLASE OBRERA Y EL CAMBIO SOCIAL EN EL GRUPO PASADO Y PRESENTE

CERIO, Débora (UNR/Cesor-CONICET)

---

### Resumen

El presente texto explora las representaciones acerca del sujeto revolucionario delineadas en el interior de la trama discursiva tejida por el grupo nucleado en torno a la revista cordobesa Pasado y Presente en los tumultuosos '60-'70's. Al mismo tiempo, busca relacionarlas con la textura histórica que otorgó cierta direccionalidad a las tendencias en que se inscribió la reflexión de los intelectuales de izquierdas sobre la política y sus actores. Hemos trabajado en torno a la idea de que la construcción de esas imágenes es el resultado de una operación de intervención en el corpus marxiano que procuró adecuar la teoría a las circunstancias sobre las que el grupo pretendía intervenir políticamente en años de agudo conflicto y encendidos debates sobre la revolución.

**Palabras claves:** intelectuales; clase obrera, marxismo; sujeto revolucionario; representaciones

*LEFTIST INTELLECTUALS, REVOLUTIONARY SUBJECT AND THE USES OF MARXISM IN ARGENTINA IN THE '60-'70's: REPRESENTATIONS ABOUT PERONISM, WORKING CLASS AND SOCIAL CHANGE IN PASADO Y PRESENTE GROUP*

### Abstract

*This text explores the representations of the revolutionary subject delineated within the discursive frame woven by the group of intellectuals gathered around the Past and Present magazine from Córdoba, Argentina in the tumultuous '60-'70 's. At the same time, this text relates those representations to the historical texture that gave certain directionality trends to the reflection of leftist intellectuals on politics and its agents. We have worked on the idea that those images are resultant of an operation of intervention in the Marxian corpus which sought to adapt the theory to the circumstances on which the group intended to intervene politically in years of acute conflict and heated debates on revolution.*

**Keywords:** intellectuals; working class; Marxism, revolutionary subject; representations

Recibido con pedido de publicación 07/10/2013
Aceptado para publicación 28/11/2013
Versión definitiva recibida 15/12/2013

«El concepto de texto definitivo no corresponde sino a la religión o al cansancio.»

Jorge Luis Borges, *Las versiones homéricas*

## **T**raducir a Marx: una hipótesis sobre la experiencia de *Pasado y Presente*

En 1964 José Aricó escribía en la revista cordobesa *Pasado y Presente* que en el marxismo anida la capacidad «de concebirse a sí mismo en forma absolutamente historicista y de someterse a una permanente y despiadada autocrítica»<sup>1</sup>. La afirmación describe la tentativa de esa *formación*<sup>2</sup> en una circunstancia histórica: recuperarlo en su condición de teoría crítica para la acción revolucionaria.

La publicación nucleó a un grupo de intelectuales, varios provenientes del PC, y aunque su emergencia fuera el resultado de la concurrencia de un conjunto de circunstancias, no puede dejar de inscribírsele en la batalla de ideas que por esos años aglutinaba a amplios sectores de la franja joven de la militancia de la izquierda tradicional.<sup>3</sup> Nunca escatimó la crítica a la ortodoxia partidaria, a su dogmatismo e incapacidad para aglutinar una voluntad colectiva y ello fue evidente ya desde su número inaugural que, publicado en el primer semestre de 1963, sacó a la luz algunos de los debates que no podían desarrollarse al interior del partido<sup>4</sup>; por esta osadía, varios de los participantes de la empresa fueron raudamente expulsados de sus filas.

Toda su primera época, que se cierra en septiembre de 1965 con su noveno número, está atravesada por una línea de reflexión que se concentra en el debate de ideas sobre el vínculo entre política y cultura, pero también en la discusión con muchos de los axiomas que sustentaban la práctica política de esas organizaciones. Aricó resumía en el Editorial del primer volumen la convicción del grupo de hombres cuya voluntad expresaba la revista: que los intelectuales estaban llamados a cumplir un papel crucial uniendo su derrotero a la conciencia política de «la clase que aspira a reconstruir en un sentido socialista al país»: los trabajadores.<sup>5</sup> Era, claro está, la adscripción al marxismo en una época donde la revolución se visibilizaba en el horizonte de las

<sup>1</sup> José Aricó, «El stalinismo y la responsabilidad de la izquierda», en: *Pasado y Presente*, Año I, Nº 2/3, Córdoba, julio-diciembre de 1963, pág. 197.

<sup>2</sup> Tomamos este concepto de Raymond Williams, quien las define como «aquellos movimientos y tendencias efectivos en la vida intelectual y artística, que tienen una influencia significativa y a veces decisiva sobre el desarrollo activo de una cultura y que presentan una relación variable y a veces solapada con las instituciones formales». Cfr. Raymond Williams, *Marxismo y literatura*, Las Cuarenta, Buenos Aires, 2009, pág. 161.

<sup>3</sup> Un conjunto de discusiones, prácticas y relaciones que sin dudas excede el debate político con el Partido Comunista configura el particular contexto cultural de la formación del grupo, un aspecto en el que no podemos detenernos en este artículo. Al respecto puede consultarse Adriana Petra, «En la zona de contacto: Pasado y Presente en la formación de un grupo cultural», en Clarisa Agüero y Diego García (Comps.), *Culturas interiores. Córdoba en la geografía nacional e internacional de la cultura*, La Plata, Ediciones Al Margen, 2010.

<sup>4</sup> José Aricó, «La construcción de un intelectual», en: *Punto de Vista*, Año XV, Nº 43, Buenos Aires, agosto de 1992, pág. 5.

<sup>5</sup> José Aricó, «Pasado y Presente», en: *Pasado y Presente*, Año I, Nº 1, Córdoba, abril-junio de 1963, pág. 1.

posibilidades de futuro lo que otorgaba plena conciencia de la necesidad de esa confluencia. Proclamando la lucidez de su generación para descubrir los motivos de una crisis que la elite intelectual no había podido comprender, se señalaba en ese documento la certeza de que ésta no poseía puntos de referencia en el espacio cultural local, pues mientras las clases dominantes habían dejado de atraer a los jóvenes, el proletariado no podía lograr todavía la capacidad de «dirección intelectual y moral».<sup>6</sup> Y, en el mismo movimiento, se revelaba la promesa de un modo de vincular dos órdenes de prácticas e inquietudes, la teoría y la política, que no parecía registrar antecedentes en la tentativa de explotar la potencia disruptiva del marxismo: «rescate de Marx, que no es un recate de y para intelectuales sino un movimiento que encuentra su raíz en la praxis revolucionaria»<sup>7</sup>, decía Oscar Del Barco en el mismo número.

*Ideología y cultura* son los términos en torno a los cuales se configura ese compromiso editorial. Del acontecer político más inmediato, poco puede leerse en las páginas de la revista; su intervención en el campo de la política se construye a través de su participación en debates ideológicos y dialogando con el campo de la cultura.<sup>8</sup> *Pasado y Presente* ponderó la eficacia de la práctica intelectual para leer políticamente los problemas de un tiempo y afirmar estrategias, enfocar instrumentos organizativos, interpelar sujetos: un modo de hacer política en la cultura y de pensar a la cultura en la política. Las inquietudes que fueron delimitando el proyecto<sup>9</sup> se perfilaron desde este arco de preocupaciones, orientando la elección de las cuestiones que un momento histórico signado por la impronta del humanismo exigía volver a pensar: la dialéctica entre sujeto y objeto y entre libertad y necesidad, la alienación en el trabajo, el estatuto de la praxis, la teoría de la revolución, sus vías, instrumentos, actores, dinámicas, política de alianzas, modalidades de la representación política. Reformulación crítica del marxismo que buscó contribuir a una transformación de la cultura política de izquierda con el objetivo de construir una voluntad revolucionaria.

Significativamente, en la segunda serie de *Pasado y Presente* –de la que se publicaron tres números en dos volúmenes entre abril y diciembre de 1973– fueron suprimidas del subtítulo las palabras *ideología y cultura*. El intento de estrechar el vínculo entre producción intelectual y procesos políticos podría leerse entre las líneas de una redefinición del proyecto que, si resulta inescindible de las perplejidades y alternativas de una circunstancia histórica, se deslizó por ellas en función de elecciones y apuestas ideológico-políticas. La maduración de algunos procesos novedosos en el mundo del trabajo y la

---

<sup>6</sup> *Ibidem*, pág. 2.

<sup>7</sup> Del Barco, Oscar, «Carlos Marx y los Manuscritos Económico - Filosóficos de 1844», en: *Pasado y Presente*, Año I, Nº 1, Op. Cit., pág 106.

<sup>8</sup> Raúl Burgos, *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2004, pág. 114.

<sup>9</sup> Nos referimos a la noción de *proyecto* en su sentido de manifestación de postulados fuertes que organiza valores y representaciones compartidos, definiendo así una direccionalidad pretendida pero cuyo rumbo sólo puede concretarse en el acto de su realización, a través de elecciones de sujetos individuales y colectivos, limitadas por condiciones no elegidas. Así, entendemos que la forma que esos emprendimientos asumieron en su devenir no estaba necesariamente contenida en los orígenes sino que fue recogiendo preocupaciones fraguadas en el fuego de la política.

progresiva consolidación de las organizaciones de izquierda en la escena política nacional –señaladamente, las armadas y de filiación peronista– se expresó en una reorientación de las problemáticas abordadas por el grupo que se concentró en el análisis coyuntural de la política, la caracterización de sus actores y los desafíos planteados a las fuerzas revolucionarias.

Por *Pasado y Presente* desfilaron textos y autores que desde distintas localizaciones se vincularon a la renovación del pensamiento marxista: Lukács, Gramsci, Sartre, Luporini, Colletti, Della Volpe, Hobsbawm. Las intervenciones de los miembros grupo asumieron una de las tentativas fundacionales del proyecto: «despojarse de toda veneración supersticiosa por el pasado», decían citando a Marx, anudando la filosofía –como autorreflexión de la praxis– con la historia, para asentar a ésta sobre bases reales y científicas y tornarla presente. Para que la práctica social no fuera insustancial y vacía, para que el ideal socialista deviniera objetivo concreto y alcanzable, era necesario conocer el pasado que el presente cristalizaba. Y el eje articulador de ese giro fue, con énfasis particulares en distintos momentos, la búsqueda de una más sólida y certera comprensión de la adhesión obrera al peronismo.

En las páginas que siguen glosaremos algunos de los motivos que, asociados al problema de la definición del sujeto revolucionario en Argentina, fueron plasmándose en la trama discursiva tejida por los protagonistas de la experiencia a lo largo de los tumultuosos '60-'70, articulándolos con una textura histórica que otorgó cierta direccionalidad a las tendencias en que se inscribió la reflexión de las izquierdas sobre la política y sus actores. Trabajamos en torno a la idea de que a la construcción de tales representaciones subyace una operación de intervención en el corpus marxiano que buscó no reescribir la obra de Marx, como podría hacerlo una lectura excesivamente apegada a la letra de su texto, sino *traducirla*. Una traducción no busca identidad sino equivalencia: «generar una serie de palabras que tengan en el lenguaje al cual se traducen aproximadamente el mismo valor que las originales»<sup>10</sup>. Empleando una expresión de Horacio Tarcus podríamos decir que hay allí una lectura fuerte, «aquella que en parte “violenta” el texto para hacerle decir algo nuevo y productivo»<sup>11</sup>. Desde distintas lentes teórico-políticas se desplegaron sentidos que en el espacio político-cultural local resultaban novedosos<sup>12</sup> y constituyeron referencias centrales de una torsión subjetivista que retomó aspectos poco

---

<sup>10</sup> Charlie Feiling, «Un sonido familiar», en: *Con toda intención*, Sudamericana, Buenos Aires, 2005, pág. 142. Se trata de un concepto desarrollado por Gramsci a través de varios pasajes de los *Cuadernos* y que refiere a la posibilidad de algunos experimentos históricos, políticos y sociales de encontrar una equivalencia en otras realidades.

<sup>11</sup> Horacio Tarcus, *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2007, pág. 35.

<sup>12</sup> En Argentina, fue el cimbronazo de los acontecimientos que se desplegaron entre mediados y fines de los años '50 el que, conectando el espacio de la política con la actualización teórica asociada a la introducción de las modernas ciencias sociales, viabilizó el cuestionamiento de muchas de las representaciones dominantes en ese campo, entre ellas las alusivas a la caracterización y definición de los sujetos de la acción política. El trazado de estas nuevas figuras se sitúa así en el cruce de la dinámica histórica con procesos de revisión de las conceptualizaciones sobre la clase y sus modos de subjetivación desarrollados en el terreno de la práctica intelectual.

abordados en la obra de Marx, usándola de acuerdo a las necesidades planteadas por una realidad singular. Lo que vale como decir: actualizándola.<sup>13</sup>

### Una sensibilidad de época: debates en torno a la revolución

Toda historia, cualquier historia, se construye en la encrucijada de las experiencias y las expectativas de sus protagonistas.<sup>14</sup> En la tensión entre una interpretación de la formación histórica y la herencia política nacional y la búsqueda de su inversión radical, se instala la que en Argentina recorre «los '60-'70». Los procesos sociales no saben de cifras redondas y es por eso que allí, entre las resonancias de la Revolución cubana y la clausura drástica de toda tentativa transformadora por el golpe de estado de 1976, se define un espesor histórico que destaca, en relieve, una figura: la revolución, representación de lo deseado con el impulso de lo impostergable. Condensación de posiciones ideológicas pero también de imágenes que apelaron a lo sensible, la fuerza de la palabra irradió más allá del orden de lo simbólico: «las representaciones –escribió Raymond Williams– son parte de la historia, contribuyen a la historia, son elementos activos en los rumbos que toma la historia, en la manera como se distribuyen las fuerzas, en la manera como la gente percibe las situaciones»<sup>15</sup>.

Años en que la rebeldía –anticolonial, campesina, estudiantil, obrera, feminista, contra la segregación racial– transpuso fronteras, las experiencias de cuestionamiento social en el contorno nacional armonizaron con la tonalidad de la época. La resistencia peronista, las insurrecciones que en el tránsito entre ambas décadas surcaron buena parte de su geografía, la organización sindical antiburocrática y la proliferación de agrupaciones políticas de múltiples sesgos e inspiraciones, compusieron la densidad de un tiempo y un espacio que ofreció una superficie propicia a la multiplicación de discursos sobre la transformación de la sociedad, su dinámica, sus protagonistas.

Índice de una atmósfera, el verbo de la revolución fue conjugado también en el campo de la cultura y vertebró sus debates, desde los que inagotablemente discurrieron acerca de sus mutuas vinculaciones hasta aquellos que colocaron el eje en la caracterización de las modalidades del proceso de cambio. Múltiples intervenciones desnudaron allí los posicionamientos en torno a sus posibilidades de realización, a su forma y temporalidad, a la constitución social y política de sus sujetos, al papel que los intelectuales podían o debían jugar en ese proceso. La potente convicción acerca de la primacía de la política que atraviesa dichos años convergió en diversas dimensiones de las prácticas sociales, acompasando un movimiento que se exhibe en la correspondencia

---

<sup>13</sup> Dentro del campo de los estudios históricos y culturales la investigación sobre el grupo nucleado en torno a la revista *Pasado y Presente* ha producido un cúmulo de trabajos; no obstante, son todavía numerosos los aspectos de esa experiencia que requieren ser abordados. Este texto amplifica un aspecto puntual de la producción de ese grupo cultural: el que refiere a sus planteos en torno a los sujetos de la acción política y el cambio social.

<sup>14</sup> Reinhart Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Paidós, Barcelona, 1993, pág. 335.

<sup>15</sup> Raymond Williams, *La política del modernismo*, Buenos Aires, Manantial, 1997, pág. 219.

entre el ascenso de la protesta social y la crisis de hegemonía del régimen, por un lado, y la radicalización de los discursos intelectuales, por otro.

Como parte de este proceso puede situarse la definición de un cuerpo de escrituras que, entre la evocación histórica y el anclaje teórico, asumió una inquietud que se agitaba en el horizonte de la política: ¿qué fuerzas poseían el nervio revolucionario para superar una forma social agotada y de qué manera podrían éstas tornarse operantes en la realidad?<sup>16</sup> Esta producción no puede entenderse si no es en relación con las fisuras que acontecimientos y procesos situados más allá de los espacios de producción cultural provocaron en éstos y que la irrupción y el despliegue de nuevas colocaciones entre los jóvenes militantes de izquierda recogió y expresó. La Revolución cubana mostraría el vigor de las voluntades humanas en el movimiento de la sociedad, inaugurando una constelación histórica que privilegió la subjetividad y la acción como sus principales motores, «etapa de creación tumultuosa de la historia», en la cual «millones y millones de hombres han dejado de confiar en el destino, en la rueda de la historia, en las fuerzas ocultas de la necesidad histórica, en el determinismo férreo y mecánico, y comienzan a comprender que esa Historia de la que tanto se habla no es otra cosa que su obra».<sup>17</sup>

Poderoso influjo que, sin embargo, obró en el suelo ya sembrado de una peculiar configuración histórica. El derrocamiento del peronismo en 1955 señala en este sentido el inicio de un viraje cuyas consecuencias en relación a las discusiones sobre el cambio social pronto comenzarían a ser visibles, como registro de la intervención de una clase obrera que, en abierta oposición a la proscripción del movimiento político que hegemonizaba sus lealtades y articulando la defensa de un conjunto de supuestos culturales y sociales instalados como consecuencia de esa experiencia, acotó las posibilidades de construir formas de dominación estables a través de irrupciones intensas y coyunturas de acumulación de fuerzas en las que no faltó la voluntad de adaptación.<sup>18</sup>

Este dato de la realidad nacional suscitó tensiones en la producción de discursos en torno al peronismo, estimulando, desde diversas inflexiones teórico-políticas, una revisión de su caracterización como versión local de los fascismos europeos. Dicha revisión supuso un visible esfuerzo por parte de muchos jóvenes de la pequeña burguesía que, en pugna con las formaciones de la izquierda tradicional, procuraron comprender, más allá de un abstracto

<sup>16</sup> Se trata de un problema, el de la definición histórica de sentidos sobre los sujetos de la acción política y el cambio social, que como todos los problemas historiográficos se construye en perspectiva histórica. Es decir que, sin rehusar la especificidad del presente de la experiencia de los actores, la operación que lo origina escruta los signos de una interrogación seleccionando y otorgando prioridad a ciertas huellas de las prácticas y los discursos de los sujetos actuantes en el magma infinito que constituye «el pasado».

<sup>17</sup> José Aricó, «El stalinismo y la responsabilidad de la izquierda», Op. Cit., pág. 196.

<sup>18</sup> Sobre este punto pueden consultarse diversos trabajos. Entre otros: Daniel James, *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*, Sudamericana, 1990; James Brennan, *El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba 1955-1976*, Buenos Aires, Sudamericana, 1996; Mónica Gordillo, *Córdoba en los '60. La experiencia del sindicalismo combativo*, Córdoba, UNC, 1997; Pablo Pozzi y Alejandro Schneider, *Los setentistas. Izquierda y clase obrera, 1969-1976*, Eudeba, Buenos Aires, 2000; Alejandro Schneider, *Los compañeros. Trabajadores, izquierda y peronismo. 1955-1973*, Imago Mundi, Buenos Aires, 2007; Mónica Gordillo y James Brennan, *Córdoba rebelde. El cordobazo, el clasismo y la movilización social*, De la Campana, La Plata, 2008.

«deber ser», la conciencia obrera en sus manifestaciones concretas, dilucidando el sentido de unos comportamientos obreros que parecían desviarse de la norma.

Este aspecto conecta ese proceso de relectura con un ensayo general de reconsideración de los supuestos y conceptualizaciones cristalizadas en el campo de la izquierda que envolvió a la reflexión sobre el problema del cambio social, instalando motivos que servirían como núcleo de los debates que, al calor de la radicalización de la realidad sociopolítica, se urdirían en los siguientes años.<sup>19</sup> Y es que en el examen de una realidad que solicitaba la intervención de quienes tenían acceso a los medios de producción intelectual se ubicaba un problema cuya resolución parecía ser crucial para torcer el rumbo de la historia.

Las hipótesis gradualistas y etapistas defendidas por las formaciones de la izquierda tradicional fueron radicalmente cuestionadas e interrogadas las posibilidades de que la clase obrera condujera una transformación en la cual, a la realización de sus propios intereses, anudara el más vasto propósito de la liberación nacional. Leída en esa clave, su identificación –central en el discurso marxista– como figura protagónica de un proceso de cambio social que no se detendría hasta el socialismo urgía a comprender el fenómeno peronista: cifra del hiato profundo entre las orientaciones político-ideológicas de los trabajadores y las formas de conciencia prescriptas por una formulación teórica que resultaba del estudio de experiencias históricas no estrictamente asimilables al escenario de su intervención concreta.

De ese modo fue precisándose el mapa de aquello que podía ser examinado, aprehendido, cuestionado en torno a una serie de núcleos de reflexión que procuraron tornar visibles las razones de la adhesión de las masas al peronismo, solidaria del fracaso de la izquierda para concitar esos apoyos. Porque, aunque no dejaba de plantear igualmente este problema, el asunto estaba lejos de referir sin más a la legitimidad teórica de las representaciones dominantes: involucraba, ante todo, la pregunta acerca de los motivos por los cuales esas fuerzas sociales no habían cumplido su supuesto designio, esto es, plegarse a un proyecto de raigambre marxista. La tematización de la clase obrera como sujeto del cambio social en un sentido revolucionario se reorganizó expresando las inquietudes de una generación<sup>20</sup> que había

---

<sup>19</sup> Carlos Mangone ha planteado que, en relación a la abierta politización de los «setenta», los «sesenta» son una «década cultural». Cfr. Carlos Mangone, «Revolución cubana y compromiso político en las revistas culturales», en: Enrique Oteiza (coord.), *Cultura y política en los años '60*, Oficina de publicaciones del CBC, UBA, Buenos Aires, 1997, pág. 196. Sin rechazar esta distinción, examinar continuidades y desplazamientos en términos de los problemas, las ideas y las prácticas que condensan lo propio de cada uno de esos momentos parece imprescindible para comprender años de aceleración política en torno a la idea de revolución.

<sup>20</sup> Según el clásico planteo de Karl Mannheim, la situación generacional constituye un tipo específico de posición social: individuos nacidos en años cercanos tienden a obrar sentir y pensar de un modo similar, aunque ello no se corresponda exclusivamente con su agregación cronológica sino con el hecho de haber compartido la experiencia directa o indirecta de eventos –fundamentalmente de carácter político– que dejaron huellas profundas en sus trayectorias vitales. Cfr. Karl Mannheim, «El problema de las generaciones», en: *Reis. Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, N° 62, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, abril-junio de 1993, pág. 193-242. Si bien el concepto de generación no explicita un conjunto de tensiones

asomado a la política desgarrando certezas, interpelada por una realidad que no se dejaba constreñir en los márgenes de esquemas que, contruidos para dar cuenta de otras situaciones, eran incapaces de comprender su especificidad.

Es usual considerar también como variable explicativa de estas transformaciones un fenómeno de «modernización» cultural abierto con el fin del primer peronismo, proceso de renovación de las disciplinas universitarias que facilitó el ingreso de problemas, teorías y métodos y del cual el marxismo fue un protagonista principal. Nuevos actores, prácticas, formas discursivas y modalidades de relación entre cultura y política remarcaron los trazos de una figura del intelectual diseñada a partir de su ubicación como conciencia crítica de su tiempo y de su manifiesto posicionamiento como sujeto ideológico-político. Tensionada entre la cultura y el poder, la producción intelectual nunca se libra de las marcas tácitas o manifiestas de la política. Lo peculiar de estos años es, en todo caso, que sus agentes se preocuparon especialmente por colocar una reflexión en sus límites, corriendo el eje de la mirada hacia el papel jugado por la orientación de las conciencias y las voluntades en el proceso histórico y, por esa vía, hacia las estrategias adecuadas al propósito de que éstas tomaran el camino de la revolución.

Gran parte de los productos de esos trabajos del pensamiento circularon a través de revistas que se posicionaron como medio de comunicación intelectual adecuado al propósito de sostener ese vínculo entre cultura y política que la joven izquierda se había fijado como programa, convirtiéndose en escenario privilegiado del despliegue de las interpretaciones de diversos colectivos. En las, fuertemente inspiradas por el pensamiento gramsciano, palabras de Aricó, «toda revista es siempre la expresión de un grupo de hombres que tiende a manifestar una voluntad compartida, un proceso de maduración semejante, una posición común frente a la realidad»<sup>21</sup>.

### **Lo objetivo y lo subjetivo en las representaciones del sujeto**

La interpelación a un sujeto social, la definición de su modo de intervención en el proceso de transformación y de ciertas funciones articuladas en torno a la construcción del futuro deseado constituyen algunos de los motivos básicos de la definición de un proyecto emancipador. La identificación de la clase obrera como fuerza dinamizadora del cambio social por la vía revolucionaria se inscribe, es sabido, en lo medular del corpus que funda la tradición marxista. En términos de lo que allí se plantea, la constitución objetiva de la clase se afianza en las presiones y los límites impuestos por las relaciones sociales de producción. Sin embargo, en la falla que se abre en torno al problema de cómo deviene ésta clase «para sí», un tema cuyas alternativas no fueron abordadas a fondo en esa trama discursiva, se instala la contingencia de su lectura, que el pensamiento y la práctica políticas de las tendencias que se disputaron la herencia ha efectuado desde dos claves: pensándola como resultado del desarrollo de una conciencia que, en la medida en que se aproxima a la

---

que traslucen solidaridades diversas, el prisma es útil para observar la configuración de las identidades políticas (y las político-culturales como uno de sus subconjuntos) en la Argentina post peronista si se lo conjuga con otras variables. Volveremos sobre esta cuestión.

<sup>21</sup> José Aricó, «Pasado y Presente», Op. Cit., pág. 1.



realidad objetiva de una posición social ya constituida, es más verdadera y, por tanto, realiza su esencia, o bien como un proceso que se aloja en el devenir histórico de una experiencia que es fuente de la objetividad y, de ese modo, recorre itinerarios siempre diversos.

No vamos a discutir aquí la «autenticidad» de cada una de estas líneas en relación al pensamiento marxiano, aunque es probable que, como sostiene Giorgio Agamben, no hubiera en él ni el menor atisbo de una escisión de la realidad en dos niveles ontológicamente distintos –el del modo de producción y el de la conciencia– sino una concepción de la praxis como concreta y unitaria realidad original y en la cual no hay «*causa prima* en el mismo sentido en que el Dios de la metafísica es *causa sui* y principio de todas las cosas». <sup>22</sup> Lo que en todo caso conviene apuntar es que la posibilidad de esas interpretaciones se aloja en las fisuras abiertas por lo que fue expresado de forma ambigua o simplemente no se ha dicho y siempre presupone coordenadas geográficas, temporales y sociales. Para plantearlo de otra manera: lo que nos importa no es tanto la justeza o corrección de una interpretación como la comprensión de las condiciones de su producción.

La interpelación al sujeto se monta sobre un complejo de figuras que ordenan el mundo que se pretende transformar, distribuyen las posiciones de los actores de ese proceso y proponen determinadas relaciones entre éstos, otorgando a cada uno su significación y su rol. En este sentido, las citadas claves de lectura se recortan sobre el fondo de un conjunto de proposiciones más amplias que configuran distintos modelos para pensar la revolución. Así, una de las derivas de la herencia marxiana propuso una interpretación en términos de necesidad histórica, en la cual el progreso deviene cifra y condición de la marcha de las sociedades hacia un futuro emancipado y supone una concepción lineal del tiempo social y político, donde la revolución, si bien implica cambios radicales, es un momento más en una línea de desarrollo cuantitativo en cuanto a situación de las fuerzas productivas y dominio de la naturaleza. Recorrido siempre igual que en última instancia se desentiende de los marcos de su configuración, de la contingencia abierta por la lucha de clases en coordenadas definidas.

Al menos desde que la estrategia de la revolución mundial se constituyera como prolongación de los requerimientos de la realidad soviética, el pensamiento y la práctica política del comunismo latinoamericano hizo uso del marxismo como una filosofía capaz de prescribir el esquema haciendo abstracción de las condiciones históricas de intervención de esos partidos, desestimando la relevancia de elaborar nacionalmente la línea política <sup>23</sup>: el marxismo operaba, pues, como referente genérico de sus propuestas

---

<sup>22</sup> Giorgio Agamben, «El príncipe y la rana. El problema del método en Adorno y en Benjamin», en: Ídem, *Infancia e historia. Destrucción de la experiencia y origen de la historia*, Adriana Hidalgo Editora, Buenos Aires, 2007, pág. 178-179.

<sup>23</sup> José Aricó ha señalado que, al admitir el carácter diferencial de la dinámica de la lucha revolucionaria en los países no europeos, las tesis de Lenin a propósito de la cuestión colonial aprobadas por el II Congreso de la III Internacional abrieron un campo teórico para la exploración de sus configuraciones políticas y culturales pero éste sería allí rápidamente clausurado. Cfr. José Aricó «Marxismo latinoamericano», en: Norberto Bobbio y Nicola Matteucci, *Diccionario de política*, Siglo XXI, México DF, 1982, Vol. II, pág. 983.

programáticas, que eran reproducciones de las formulaciones de la III Internacional y el Partido Comunista de la Unión Soviética. En parte, esta opción arraigaba en la incapacidad de los mismos Marx y Engels para pensar la realidad del subcontinente; son conocidos algunos comentarios que enuncian una percepción, de fuerte sesgo progresista, de lo específico de su modo de desarrollo como obstáculo para el pleno despliegue de la potencia subversiva de la clase obrera.<sup>24</sup> Como consecuencia de la aceptación sin reparos de esta herencia, para el comunismo latinoamericano en general y argentino en particular el proceso de transformación se definió como obligado pasaje por ciertas etapas, cuyo tránsito era imprescindible para arribar, finalmente, a la estación comunista. Caracterización que partía de la apreciación de que el retraso, medido en relación a las metrópolis del capitalismo, demandaba una previa revolución «democrático-burguesa» que creara las condiciones de existencia de un proletariado capaz de llevar adelante la revolución socialista.

Corolario de un extendido gesto crítico respecto de esta mirada, la Argentina de los '60-'70 acogió modos de entender el problema que pusieron en primer plano el examen de la singularidad de las tácticas y estrategias para la revolución en el subcontinente. Hemos planteado ya que en los espacios de producción cultural el derrocamiento del peronismo constituyó uno de los nudos referenciales de las condiciones que rodearon los cambios en los modos de representar a la clase obrera y a los agentes del cambio histórico. La apertura que significó el golpe de estado de 1955 se expresó, así, en la proliferación de discursos ordenados en torno a la pregunta por el lugar de las fuerzas sociales que aquél había movilizado.

Podría decirse que la exposición a la conflictividad instalada por la década de gobierno de Perón produjo un «efecto de generación»<sup>25</sup> que organizó simbólicamente una experiencia y una relación con la realidad y predispuso a amplias franjas de sectores característicamente refractarios a converger en su apoyo a volver a pensar el peronismo y la subjetivación política de la clase que para la tradición de la izquierda marxista debía conducir el proceso de transformación social. La heterogeneidad de los índices cronológicos que conviven en las corrientes inclinadas a revisar estos aspectos impide hablar de una clase de edad en sentido estricto; para comprender el quiebre parece más útil registrar la proximidad entre el modo en que jóvenes de distintos grupos

---

<sup>24</sup> «En América hemos presenciado la conquista de México, lo que nos ha complacido. Constituye un progreso, también, que un país ocupado hasta el presente exclusivamente de sí mismo, desgarrado por perpetuas guerras civiles e impedido de todo desarrollo, un país que en el mejor de los casos estaba a punto de caer en el vasallaje industrial de Inglaterra, que un país semejante sea lanzado por la violencia al movimiento histórico.», decía Engels con un evidente tono celebratorio del papel jugado por la burguesía occidental respecto de la definitiva liberación de las cadenas que oprimían (oprimen) a la humanidad. Aunque es cierto que unas líneas más abajo reconocía que, justamente por encarnar los intereses de esa clase, se trataba de un triunfo parcial, opiniones similares desplegadas por ejemplo en los artículos de Marx sobre la dominación británica en India obligan a registrar el carácter ambiguo de las fronteras por las que discurrió su pensamiento, muchas veces penetradas por resonancias positivistas. Cfr. Friedrich Engels, «La tutela de los Estados Unidos», en: Karl Marx y Friedrich Engels, *Materiales para la historia de América Latina*, Cuadernos de Pasado y Presente, Nº 30, Siglo XXI Editores, México DF, agosto de 1975 (agosto de 1972), pág. 183.

<sup>25</sup> Carlos Altamirano, «Peronismo y cultura de izquierda en la Argentina (1955-1965)», en: Ídem, *Peronismo y cultura de izquierda*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2011, pág. 73.

etarios vivieron el peronismo y un sentimiento de ruptura con respecto a «los mayores» que se manifestó como cuestionamiento de su dirección moral, intelectual y política. Durante los años por venir, irían sedimentando en las trayectorias vitales de esos grupos las experiencias de otros procesos y acontecimientos, tanto nacionales como internacionales, que influyeron en la reconfiguración de esas identidades, fundamentalmente mediante la instalación de objetos de controversia y la delimitación de frentes de disputa acordes a las urgencias de un tiempo.<sup>26</sup> A las colocaciones suscitadas en torno a ellos refiere el arco de posibilidades de intervención política en esos años de agudo conflicto y encendidos debates.

En cuanto a los espacios de producción cultural, la publicación en 1956 de un número de la revista *Contorno* motivado por esa intención revisionista representó una operación crucial para delimitar un campo problemático, al inaugurar lo que en años ulteriores será un núcleo de reflexión clave para los intelectuales de izquierda. Asimismo, un enfoque nutrido en las formulaciones sartreanas sobre la figura del intelectual y la necesidad de su compromiso con la situación en la que estaba inmerso, instala otro de los tópicos que funda la configuración de un nuevo escenario para pensar la política y sus actores. En la relectura del peronismo efectuada por *Contorno*, sin embargo, el marxismo sólo informa –y aún muy levemente– algunas intervenciones puntuales; en general, ésta no fue mucho más allá de escindir al líder de su base popular, reconociendo que su fidelidad se basaba en los aspectos positivos de un régimen que había incorporado a los trabajadores a la escena política nacional.<sup>27</sup>

La crítica de las lecturas dogmáticas de la letra marxista en lo relativo al proceso de constitución de los sujetos de la revolución registró, como ya se ha dicho, otras inquietudes. Las repercusiones de algunos eventos hondamente significativos puede percibirse en las formaciones animadas por un sector de jóvenes militantes de izquierda que se propusieron actualizar el paradigma marxista a la singularidad de una textura histórica para pensar las condiciones efectivas del proceso de cambio social y examinar, surcando el terreno de las prácticas intelectuales, sus posibles caminos, estrategias y actores.

---

<sup>26</sup> El cisma provocado por el XX Congreso del PCUS, la revolución cubana, las luchas anticolonialistas del Tercer Mundo (Indochina, Argelia, Vietnam, etc.), el conflicto chino-soviético, el surgimiento de la nueva izquierda en Europa y Estados Unidos así como el golpe de estado de 1955, la proscripción del peronismo, la resistencia de los trabajadores y el fortalecimiento de su identidad política, la «traición» de Frondizi, el crescendo de represión, violencia y autoritarismo, podrían señalarse como los más pregnantes.

<sup>27</sup> Se ha escrito ya mucho sobre la revista que, dirigida por David e Ismael Viñas, vio la luz en 1953. Mencionaremos aquí, con el objetivo de ubicar la marca de un desvío en relación a temas, problemas y construcción de significaciones sobre la sociedad y la política, que si sus primeras ediciones se articularon en torno a una revisión crítica de la literatura nacional y a la propuesta de una lectura que situaba al grupo en una relación de confrontación con la tradición liberal, la izquierda tradicional y la nacional-populista y el peronismo, fue su emblemático número 7/8 el que instaló la decisión de pensar el presente político nacional, un gesto que se acentuaría con la publicación de los dos siguientes y de dos *Cuadernos*. León Rozitchner, que a la sazón colaboraría posteriormente en emprendimientos intelectuales vinculados a la «nueva izquierda», fue uno de los principales promotores del marxismo al interior del grupo.

Militantes de izquierda e intelectuales son los términos de una superposición cuya explicitación hemos dejado pendiente y a la cual es necesario atender. Si nos preguntásemos cómo delimitar ese colectivo de perfiles difusos denominado «intelectuales» deberíamos reconocer que el vocablo alude a un problema complejo que sólo puede definirse si se lo desliga de su inscripción histórica. Lo mismo sucede respecto a la cuestión de la determinación de su posición en la sociedad, así como de las funciones que se le adjudican y las que efectivamente desempeña en su dinámica o la caracterización de la especificidad de sus saberes: se trata de asuntos que se declinan en función de tiempo y lugar y que, incluso dentro de unas mismas coordenadas, pueden combinarse de modos diversos. Durante los '60-'70, un vasto conjunto de creadores y difusores –«eruditos», «expertos» o «ideólogos»– se posicionaron como «actores del debate público»<sup>28</sup>, un modo de auto-identificación colectiva que distingue a un período en el que los bienes simbólicos fueron figurados como arma de combate político.

La emergencia de tales prácticas y discursos en esas circunstancias sólo puede entenderse si se la inscribe en una matriz de valores, creencias, imágenes, sentimientos, actitudes, concepciones con distintos grados de elaboración que organizan una percepción colectiva, es decir, una *cultura política* y se realizan en función de ciertos problemas estratégicos y de un público determinado, rondando en torno a los motivos de la liberación nacional, la revolución y el socialismo. Dentro de esa puesta común, un entramado de escrituras dinamizado por impulsos provenientes de la lucha política, se nutrió en la polémica en torno a los actores, las vías, las estrategias y los métodos del cambio social y fue colocado en el espacio público como forma de fundar consenso en torno a distintas posiciones, incluso más allá de la influencia real que pudieran cosechar. Documentos de cultura que traslucen prácticas inmersas en un campo de luchas por el sentido; y en éstas, se sabe, se libra algo que trasciende el orden de lo simbólico.

Si el problema se considera en la más larga duración, de inmediato surgen elementos de continuidad entre las formaciones que acogieron tales discursos y aquellas con respecto a las cuales expresaron una ruptura. Desde las primeras estaciones de la recepción de Marx en Argentina, fueron las prácticas de quienes se apropiaron de esas ideas con objetivos transformadores las que las pusieron en circulación, tejiendo una red de intervenciones que paulatinamente conquistaron su propio sitio en el territorio de la cultura de izquierdas argentina. Alrededor del Partido Comunista se ordenó uno de los núcleos centrales de difusión ideológica, cristalizando sus iniciativas en un corpus textual que, gestado en la dimensión cultural de la contienda política y vehiculizado a través de publicaciones periódicas y libros, abordó cuestiones vinculadas al cambio social. La travesía de los estrechamientos y distancias entre las dimensiones de la teoría y la práctica política marxista es un asunto complejo que no es posible reponer dentro de los límites de este trabajo; aceptemos provisoriamente la hipótesis de que entre los años '30 y fines de los '50 se operó un quiebre profundo que escindió a una izquierda de adscripción marxista pero alejada del movimiento obrero y un campo intelectual y

---

<sup>28</sup> Cfr. Carlos Altamirano, «Elites culturales en el siglo XX latinoamericano», en: *Historia de los intelectuales en América Latina*, Volumen II: *Los avatares de la "ciudad letrada" en el siglo XX*, Katz Editores, Buenos Aires, 2010, pág. 9.



académico interesado en estudiar al marxismo como teoría.<sup>29</sup> La recomposición de las potencialidades críticas y revolucionarias del socialismo requería pues, volver a soldar cultura y política.

El ingreso a la vida política de grupos que rechazaron los sentidos disponibles en el campo teórico y estratégico trazado por la izquierda «tradicional» se vincula a estratos de experiencias y horizontes de expectativas que engendraron en un mismo movimiento la fractura de dichas organizaciones, o una reactivación de ciertos debates estratégicos con otras tradiciones políticas, y un eje de conflictos en los espacios de producción cultural. Dentro del abanico de formaciones que asumieron tal disposición es posible hallar distintos tipos de relación entre emprendimientos políticos y culturales. Atravesado por el designio de pensar la política en clave nacional y de desentrañar los nudos de su devenir histórico observándola desde un prisma irreductible a los dogmas de las tendencias más reduccionistas del marxismo, el proyecto de *Pasado y Presente* constituye un ejemplo paradigmático de dicha tensión y puede leerse a partir de una doble inscripción: aunque ciertamente no fue un centro organizador de acción política, intervino en ese terreno desde la especificidad de la producción intelectual.

### **Usos del marxismo en una circunstancia histórica: intelectuales, peronismo y clase obrera en la mirada del grupo *Pasado y Presente***

Acerca del problema de la producción de conocimiento, el recorrido de *Pasado y Presente* expresó un punto de vista anclado en el Marx de las *Tesis sobre Feuerbach*, reconociendo así la inescindible unidad entre la interpretación del mundo y su transformación. El énfasis en algunos tramos de la obra de Antonio Gramsci, que en su desarrollo del marxismo como filosofía de la praxis, «una filosofía que es también una política y una política que es también una filosofía»<sup>30</sup> retomó las afirmaciones cardinales de esta perspectiva, moduló una fracción significativa de la trama discursiva tejida por el colectivo, orientando una traducción del texto marxiano que se recostaba sobre temas nodales en los debates de la época. Si una izquierda de implantación primordialmente intelectual se había distanciado de las masas, la deriva gramsciana proponía un modo de usar al marxismo que permitía pensar las condiciones de una nueva colocación para quienes tenían acceso a los medios de producción cultural y procuraban trascender el plano de la mera contemplación de una realidad cuyas pulsaciones no incitaban a la medida; como lo evocaría Aricó algunos años más tarde:

«Gramsci era el primer marxista que desde la política y la reflexión política parecía hablar para nosotros, los intelectuales. (...) Si hasta que tuvimos acceso a Gramsci vivimos la posesión de la cultura con un agudo sentimiento de culpa, a partir de él podíamos reencontrarnos con lo que efectivamente éramos, con nuestras grandezas y servidumbres. Ya no “ingenieros de las almas” aplastados por un mandato incumplible; sólo hombres que al igual que los plomeros cumplían una función en la

---

<sup>29</sup> Cfr. José Aricó, «Marxismo latinoamericano», Op. Cit., pág. 988.

<sup>30</sup> Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel*, Ediciones Era / Universidad Autónoma de Puebla, México DF, 1999, Tomo V, pág. 264.

trama social. Por primera vez la cultura era colocada allí donde debía estar, como una dimensión insuprimible de la acción política.»<sup>31</sup>

La de desplegar sus saberes en el proceso mismo de la transformación social fue una de las aspiraciones que orientó la empresa *pasadopresentista* y que, en el camino de encontrar un interlocutor de clase, convocó a sus participantes a ligarse a diversos proyectos políticos. Diez años después de que *Contorno* difundiera entre líneas la teoría sartreana del compromiso, esta figuración del intelectual daba paso a otra, cuya semblanza algunos miembros del grupo habían comenzado a trazar incluso antes de su formación. En 1961, Juan Carlos Portantiero señalaba en *Realismo y realidad en la narrativa argentina* que la responsabilidad del intelectual se cifraba en «su eficacia para conseguir su objetivo». Con ello, la única posibilidad de trascender el «punto de vista burgués» se hallaba en su inserción consciente en el movimiento obrero «mediante una clara y definida elección de clase»<sup>32</sup>. Y, poco tiempo después, respondiendo a un cuestionario de Ricardo Piglia para el segundo número de la *Revista de la Liberación*, concluía:

«Cada clase crea sus propios intelectuales, quienes le dan “homogeneidad y conciencia de su función”, como dice Gramsci. Sin ese grupo de **intelectuales orgánicos**, la clase social subalterna –que es el agente del cambio histórico– no podría alcanzar ni el dominio sobre la “sociedad política” ni el control sobre la “sociedad civil”: es decir, no podría cristalizar su hegemonía.»<sup>33</sup>

En el ya citado editorial del primer número de *Pasado y Presente*, Aricó planteaba en este sentido que la asunción de los deberes que «la aceptación del marxismo como la filosofía del mundo actual» les planteaba implicaba un compromiso con «todas las fuerzas que hoy se proponen la transformación revolucionaria de nuestra realidad». Expresando a la vez la crítica del pasado y su superación, su intervención se proponía recuperar el «más amplio y elevado sentido» de la palabra política, allí donde se articulan lo social y su representación.<sup>34</sup>

Pero ese gesto colectivo no se instalaba en la sencilla apropiación sin fisuras de una formulación teórica. En el extendido espacio concedido a la referencia gramsciana, se solaparían otras, no menos importantes, que sustentarían esos vínculos y acompañarían la búsqueda del sujeto de sus interpelaciones. Según Héctor Schmucler, aunque la línea política formulada por Aricó daba cuenta sin dudas de la fuerte influencia que Gramsci había tenido en la trayectoria individual de su principal animador (podría decirse que lo mismo vale para el caso de Portantiero), el resto de los participantes de la empresa no tanto nutrían en esa fuente sus planteos cuanto se inspiraban en ella para expresar su espíritu de disidencia frente a los dogmas consolidados en la izquierda.<sup>35</sup> Se

<sup>31</sup> José Aricó, *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2005 (1988), pág. 39.

<sup>32</sup> Juan Carlos Portantiero, *Realismo y realidad en la narrativa argentina*, Eudeba, Buenos Aires, 2011 (1961), pág. 49.

<sup>33</sup> Ricardo Piglia, «Trece preguntas a Juan Carlos Portantiero», *Revista de la Liberación*, Año I, N° 2, Segundo trimestre de 1963, Buenos Aires, pág. 12.

<sup>34</sup> José Aricó, «Pasado y Presente», Op. Cit., pág. 8.

<sup>35</sup> Aunque ya es un lugar común aludir al grupo como «los gramscianos argentinos» –una denominación que recoge la que utilizara Ricardo Videla en «Gramsci y los gramscianos», *Izquierda Nacional*, Año II, N° 4, Buenos Aires, 1963, y de la que se apropiara el propio José

trataba de componer, a partir de posiciones diversas y muchas veces en franca confrontación, una lectura posible de la circunstancia histórica en la que intervenían. Una lectura que, con el propósito de contribuir a los esfuerzos por la liberación, pudiera abarcarla en toda su complejidad.

Frente a este empeño heterodoxo Gramsci invitaba, es cierto, a producir articulaciones inéditas. En primer lugar, porque en su actualización del materialismo histórico anidaba la posibilidad de ubicar lo nacional como objeto de preocupación. El análisis de «relaciones de fuerza» que condensan economía, política, cultura y organización constituyó para el comunista sardo el núcleo decisivo de la elaboración estratégica: «la relación nacional es resultado de una combinación original, única (en cierto sentido) y que debe ser concebida en esa originalidad y unicidad si se desea dominarla y dirigirla».<sup>36</sup> Así lo entendió Portantiero, como ponía de manifiesto en su reseña a un libro de Benito Marianetti<sup>37</sup>. En la medida en que para los comunistas argentinos el enfoque histórico era invocado como justificación de una conducta política – sostenía– su incapacidad para comprender el presente y transformarlo se vinculaba directamente a la operación consumada sobre el pasado: lejos de hacer partir el análisis de un examen concreto del mundo real, lo agotaban en la aplicación de un modelo teórico que había sido creado sobre la base de un material específico, vinculado al desarrollo capitalista europeo. Desde su punto de vista:

«Del modelo de Marx se deducen una serie de leyes generales que efectivamente describen e interpretan al capitalismo como formación social. (...) La historia concreta de la sociedad argentina, la historia del crecimiento de las relaciones sociales capitalistas (...) debe plantearse, en nombre de las hipótesis marxistas y no del catecismo, a partir de un esquema de desarrollo capitalista para los países dependientes, que no es igual que el esquema de desarrollo capitalista para los países centrales.»<sup>38</sup>

Esa imposibilidad explicaba, según Portantiero, la marginalidad del PC. El concepto gramsciano de «hegemonía» ofrecía en términos de este cuestionamiento la posibilidad de pensar la articulación histórica de las relaciones de fuerza en un proceso definido en clave nacional y en el cual la conformación de las clases como sujetos de acción se produce trascendiendo

---

Aricó en «Los gramscianos argentinos», *Punto de Vista*, Año X, N° 29, Buenos Aires, 1987–, no puede dejar de señalarse, como lo han hecho varios de los protagonistas de la experiencia, que el armazón teórico que construyeron se sirvió también de los aportes teóricos y políticos de Lenin, Mao, Sartre, Fanon, Guevara, Althusser. Sobre esta cuestión pueden consultarse Adriana Petra, «Pasado y Presente: marxismo y modernización cultural en la Argentina postperonista», en: *Historia y Espacio*, N° 41, Departamento de Historia de la Universidad del Valle, Cali, agosto-diciembre de 2013, disponible online en: <http://dintev.univalle.edu.co/revistasunivalle/index.php/historiayespacio/article/view/2534/2305> y Marcelo Starcenbaum, «El marxismo incómodo. Althusser en la experiencia de Pasado y Presente (1965-1983)», *Izquierdas*, N° 11, Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile, diciembre de 2011, disponible online en: <http://www.izquierdas.cl/revista/wp-content/uploads/2011/12/Articulo-Starcenbaum-1.pdf>.

<sup>36</sup> Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel*, Tomo V, Op. Cit. pág. 156.

<sup>37</sup> Benito Marianetti, *Argentina, realidad y perspectivas*, Editorial Platina, Buenos Aires, 1964.

<sup>38</sup> Juan Carlos Portantiero, «Un análisis marxista de la realidad argentina», en: *Pasado y Presente*, Año II, N° 5/6, Córdoba, abril-septiembre de 1964, pág. 83.

el horizonte de la actividad económico-corporativa y elaborando las peculiaridades del bloque histórico al cual ellas expresan. Su devenir hegemónico se vincula a la capacidad de convocar tras de sí una *voluntad colectiva nacional-popular*, categoría que funda la posibilidad del cambio histórico y cuyo despliegue demanda una *reforma intelectual y moral* que pueda consolidar a la *filosofía de la praxis* en el pensamiento y la acción de las masas. Los comunistas argentinos no sólo no estaban cerca de alcanzar este propósito sino que, no siendo capaces de comprender esas voluntades, se habían divorciado irremediabilmente de las fuerzas sociales a las cuales esperaban dirigir.

También Aricó había sido, en el Editorial del primer número, enfático en el reconocimiento de la importancia de dilucidar el entramado histórico en el que se insertaban las relaciones de clase en un presente que solicitaba la intervención de intelectuales dispuestos a unir su destino al de las fuerzas revolucionarias. Porque la política era pensada como historia en acto. Decía:

«Si la vida nos plantea la necesidad objetiva de la formación de un nuevo bloque histórico de fuerzas y si ello presupone como condición imprescindible la presencia hegemónica del proletariado, es lógico que debemos buscar en el pasado –especialmente en el pasado más reciente– las razones que impidieron la concreción de una voluntad colectiva nacional de tipo revolucionaria. Sin este análisis no podríamos ofrecer a la acción teórica y práctica una perspectiva coherente y clara.»<sup>39</sup>

Si desde el punto de vista que animó su empresa las teorías no pueden aplicarse mecánicamente a la realidad, porque la acción política se constituye a partir de ésta y de la recomposición de los distintos elementos teóricos de los que se apropian sus intérpretes<sup>40</sup>, la expresión nacional cuyo elusivo significado el grupo *Pasado y Presente* se proponía captar planteaba un problema capital: el de las razones que habían obstaculizado la plena expansión del marxismo en el seno del proletariado. El autor del Editorial delineaba su solución en dos trazos. Por un lado, manifestaba la certeza de que hasta entonces los intelectuales habían proyectado la conciencia revolucionaria al margen de los procesos de subjetivación y acción de la clase a la cual procuraban representar. Y formulaba su programa contemplando la necesidad de salvar esta distancia construyendo puentes entre las masas y los intelectuales para cimentar el bloque histórico revolucionario:

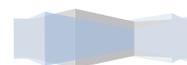
«Pero las revistas pueden cumplir con esta verdadera acción de **organización de la cultura** sólo en cuanto devienen centros de elaboración y homogeneización de la ideología de un bloque histórico en el que la vinculación entre elite y masa sea orgánica y raigal.»<sup>41</sup>

Retomaba así la afirmación gramsciana acerca del vínculo entre intelectuales y clases subalternas, según la cual la relación puede ser de representación sólo en la medida en que sea orgánica, es decir, en cuanto el sentimiento-pasión se convierte en comprensión y por lo tanto, en saber; es allí cuando «se realiza la

<sup>39</sup> José Aricó, «Pasado y presente», Op. Cit., pág. 5.

<sup>40</sup> José Aricó, *Entrevistas, 1974-1991*, Ediciones del Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, 1999, pág. 74.

<sup>41</sup> José Aricó, «Pasado y presente», Op. Cit., pág. 9. El destacado es del autor.



vida de conjunto, que es la única fuerza social, se crea el bloque histórico»<sup>42</sup>. La superación del divorcio, factible únicamente si se colocaba al marxismo como punto de arranque de una política de unificación cultural destinada a otorgar al proletariado la plenitud de su conciencia histórica: este era el propósito esencial que definía la empresa. Ser revolucionario más allá de las palabras, tal el reclamo que se efectuaba desde las páginas de *Pasado y Presente*, no suponía solamente una incitación a la acción: el lema prescribía para los intelectuales la precisa función de contribuir al conocimiento y a la transformación del mundo recuperando el lugar del materialismo histórico como teoría capaz de medirse con las exigencias de la realidad nacional. Un lugar que, en la convergencia con la clase obrera, pudiera comprender su lealtad al peronismo pero también discutir las insuficiencias y deudas de esa experiencia.

Porque –constataba el Editorial, situando con ello otro eje para reflexionar sobre la casi nula presencia del marxismo en las clases populares– el espacio de lo nacional había sido capturado por una fuerza burguesa. Pero el peronismo no podía ser explicado sino como emergente de las particularidades del desarrollo económico, social y político argentino, cuya comprensión era esencial a la tentativa de pensar las condiciones para la revolución. Por tanto, era imprescindible poner a prueba la hipótesis sobre la confluencia entre una clase obrera ideológica y políticamente dirigida por el peronismo y los intelectuales de izquierda a través de una tarea crítica de investigación. Todo un programa de trabajo sustentado en el lema gramsciano «decir la verdad es ser revolucionario».<sup>43</sup>

En ese mismo número, Portantiero transitaba la senda de esta promesa desde un registro de análisis sociológico-político<sup>44</sup>. La turbulenta situación que siguió al derrocamiento de Frondizi, en donde se combinaban los enfrentamientos intestinos en las Fuerzas Armadas y un proceso de creciente agitación obrera, aparece reflejada en «Política y clases sociales en la Argentina actual». Portantiero cifraba su explicación como directo corolario de la insalvable crisis del capitalismo argentino, subrayando sus elementos primordiales según la clásica formulación leninista: la agudización de la lucha de clases, la crisis hegemónica de las clases dirigentes y el vacío de poder que derivaba del hecho de que ya no existían alternativas burguesas:

---

<sup>42</sup> Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel*, Ediciones Era, México DF, 1986, Tomo IV, pág. 347.

<sup>43</sup> José Aricó, «Examen de conciencia», en: *Pasado y Presente*, Año II, Nº 4, Córdoba, enero-marzo de 1964, pág. 244.

<sup>44</sup> Si los sentidos otorgados al pasado constituían una dimensión fundamental de las luchas en el presente, si su conocimiento era un aliado estratégico para el desarrollo consciente de las fuerzas que harían la revolución, este tipo de indagaciones se presentaba como uno de los instrumentos con que el campo de la producción cultural podía contribuir al proceso y ello puede verificarse a lo largo de las innumerables páginas escritas en esos años de intensa revisión de la historia nacional. De igual forma pareció razonar Portantiero cuando encaró junto a Miguel Murmis, otro sociólogo de profesión, una investigación que, procurando dilucidar los motivos de la adhesión obrera al peronismo, brindaba un conjunto de fundamentos para volver a pensar el proceso de formación de la clase. Cfr. Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero, *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971. Sin embargo, con la excepción del trabajo sobre los conflictos obreros en Fiat y el sindicalismo clasista –al cual más adelante nos referiremos– la proposición *pasadopresentista* se mantuvo sólo como una declaración de intenciones.

«El crecimiento de las fuerzas productivas entró ya en violenta contradicción con el conjunto del sistema y el país ha pasado a vivir un momento histórico en el que la necesidad de la revolución ha llegado a la madurez desde el punto de vista económico y social.»<sup>45</sup>

Junto a este diagnóstico, que constataba el agotamiento de un sistema que objetivamente marchaba hacia una situación revolucionaria, Portantiero se preguntaba si existía un proyecto alternativo al de la sociedad que debía ser reemplazada. «Este “diseño” supone que en su acción cotidiana, las masas populares han pasado del nivel económico-corporativo al nivel político.» Con ello introducía, todavía veladamente, el cuestionamiento al PC. «No hay revolución sin autoconciencia histórica de las clases destinadas a llevarla a cabo.» Y ésta –sostenía– no es un proceso espontáneo o crítico-teórico sino teórico-práctico, es decir sólo realizable por medio de la experiencia concreta.<sup>46</sup> Pero esquivaba el análisis de la función de la vanguardia política. Incluso cuando retomara brevemente esta argumentación en las respuestas a la entrevista de Piglia, donde defendería que, por encarnar la función «desmitificadora» y «desalienadora» del marxismo en el seno de la praxis social, el partido revolucionario constituía un instrumento esencial para otorgar a la clase su conciencia histórica, en ningún momento aludía al papel desempeñado o que podría desempeñar el PC en ese proceso.<sup>47</sup>

En contrapunto, un texto de Aricó publicado en *Pasado y Presente* el año siguiente (cuando ya todos los que fueran militantes del partido habían sido expulsados o se habían alejado de éste) desplegaba una preocupación más específica respecto de la dilucidación de

«...las causas de por qué el Partido Comunista Argentino no cumplió ni cumple la función dirigente de las masas en nuestro país. De por qué no pudo ni podrá convertirse en el centro de atracción de la clase obrera a **menos** de que modifique una línea política, un estilo de trabajo, un modelo organizativo y por tanto un grupo dirigente que históricamente se ha mostrado incapaz de aprovechar en un sentido revolucionario el maravilloso espíritu de lucha y de sacrificio del conjunto de sus militantes.»<sup>48</sup>

El motivo de la vanguardia política asomaba en el examen crítico de esa trayectoria, con un fuerte acento en el elemento subjetivo, en la «voluntad suprema de hacer la revolución», una voluntad enraizada en sus circunstancias pero que, sartreanamente, se pensaba determinada «por el proyecto que el propio hombre ha creado para su futuro»<sup>49</sup>:

«La revolución cubana enseña que una situación puede ser considerada revolucionaria **sólo** si existen grupos de revolucionarios –partido, frente, o lo que sea– que estén dispuestos en los hechos, a dar un impulso decisivo al curso de los acontecimientos, en una palabra: si existe una vanguardia de clase revolucionaria, audaz y flexible, que esté dispuesta a quemar con la acción los esquemas teóricos que contribuyó a

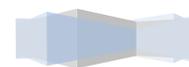
<sup>45</sup> Juan Carlos Portantiero, «Política y clases sociales en la Argentina actual», en: *Pasado y presente*, Año I, N° 1, Op. Cit., pág. 22.

<sup>46</sup> *Ibidem*, pág. 23.

<sup>47</sup> Ricardo Piglia, «Trece preguntas a Juan Carlos Portantiero», Op. Cit., pág. 13.

<sup>48</sup> José Aricó, «Examen de conciencia», Op. Cit., pág. 244-245. El destacado es del autor.

<sup>49</sup> Héctor Schmucler, «Problemas del Tercer Mundo», en: *Pasado y Presente*, Año I, N° 4, Op. Cit., pág. 288.



sedimentar el excesivo "realismo político" de algunas organizaciones anquilosadas.»<sup>50</sup>

Una intuición, profundamente atravesada por la pregnancia de la experiencia cubana entre los intelectuales de izquierda, que enlaza los componentes gramsciano y castro-guevarista de la constitución ideológica del grupo a través de la crítica al «quietismo» de los PC's y la concepción del proceso revolucionario como unidad inescindible entre realidad y voluntad humana. Aricó insistía en un tópico de la revista: que la aplicación de «fórmulas rígidas, válidas en sí, al margen del contexto social de la vida»<sup>51</sup>, no viabilizaría el tránsito desde las condiciones objetivas hacia la efectiva concreción del proceso revolucionario. Desde su punto de vista:

«Aquí la generalidad no cuenta, aquí lo único que cuenta es la habilidad táctica de una organización revolucionaria. La experiencia cubana (y argelina) se instala en ese nivel táctico del problema y demuestra que a partir del actual contexto histórico de la lucha de clases a nivel mundial (y continental, conviene agregar) es posible **estimular, acelerar**, la maduración de una situación revolucionaria directa.»<sup>52</sup>

Registrando también la influencia de la experiencia del Ejército Guerrillero del Pueblo<sup>53</sup>, parte del grupo *Pasado y Presente* colocó su apuesta política en la construcción de un foco guerrillero que creara las condiciones para la revolución. Varios artículos en ese número y los dos siguientes recorren un eje temático vinculado a los problemas de la especificidad de las situaciones coloniales, la liberación nacional, la lucha armada y la originalidad de los caminos que en el Tercer Mundo conducirían a la revolución.<sup>54</sup> Al interior de esos debates, cobró visibilidad el problema de la violencia: «levadura del nuevo sistema», «medio para acentuar subjetivamente el enfrentamiento de clase», «parte de una estrategia global que conduzca a poner en movimiento a las masas populares hacia la conquista del poder» como la definió Aricó<sup>55</sup>, la cuestión ya había sido anunciada en el número 2/3 por una contribución de León Rozitchner en la cual se la señalaba como instancia liberadora de los oprimidos.<sup>56</sup>

---

<sup>50</sup> Ibídem, pág. 253. El destacado es del autor.

<sup>51</sup> Aricó, «Examen de conciencia», Op. Cit., pág. 245.

<sup>52</sup> Ibídem, pág. 252.

<sup>53</sup> Encabezado por el periodista Jorge Ricardo Massetti, el EGP se instaló en el noroeste argentino hacia mediados de 1963. Cfr. Gabriel Rot, *Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina. La historia de Jorge Ricardo Masetti y el Ejército Guerrillero del Pueblo*, El cielo por asalto, Buenos Aires, 2000. Sobre su relación con el grupo *Pasado y Presente* véase pág. 96 y ss. También puede consultarse Raúl Burgos, Op. Cit., pág. 83 y ss.

<sup>54</sup> Héctor Schmucler, «Problemas del Tercer Mundo»; Asiásticos, «Lucha política y lucha armada»; Michel Figurelli y Franco Petrone, «La revolución colonial»; Francisco Delich, «La teoría de la revolución en Franz Fanon», en: *Pasado y Presente*, Año I, N° 4, Op. Cit. Jean Paul Sartre, «Lumumba y el neocolonialismo», en: *Pasado y Presente*, Año II, N° 5/6, Córdoba, abril-septiembre de 1964. Regis Debray, «El castrismo: la gran marcha de América Latina»; Alberto Ciria, «Introducción al problema del partido único en África negra»; R. Dépinay, «Las dificultades específicas del socialismo en África negra»; AAVV, «África negra, ¿ha partido mal?», en: *Pasado y Presente*, Año II, N° 7/8, Córdoba, octubre de 1964-marzo de 1965.

<sup>55</sup> José Aricó, «Examen de conciencia», Op. Cit., pág. 253.

<sup>56</sup> León Rozitchner, «Marxismo o cristianismo», en: *Pasado y Presente*, Año I, N° 2/3, Op. Cit.

Las conclusiones a las que Aricó arribaba a la vista de estos procesos colocaban otro elemento novedoso en la trama discursiva que se había tejido a lo largo de los dos anteriores volúmenes de la revista porque, encontrando que la clase obrera se hallaba virtualmente integrada al sistema, éste sostenía que la alternativa a un orden que por ese medio se reproducía con eficacia había que buscarla en sectores periféricos al mismo:

«el proletariado industrial de las grandes empresas recientemente surgidas de las inversiones extranjeras, constituye, en cierto sentido, un grupo relativamente privilegiado, una aristocracia obrera que obtiene privilegios en base al mantenimiento de la actual estructura, que goza de altos salarios porque sus hermanos de clase –obreros no calificados, peones, proletarios rurales, etcétera– ganan salarios miserables (...).»<sup>57</sup>

Aricó no objetaba –y probablemente ninguno de los participantes de la experiencia lo hiciera– que en la política argentina la cuestión obrera permanecía como instancia irremplazable para el desarrollo de una perspectiva revolucionaria. De hecho, en el número inicial había observado que ésta solicitaba la presencia hegemónica del proletariado. Y el punto de partida de este planteo –decía– no era ideológico; antes bien, el mismo expresaba las condiciones objetivas del desarrollo cordobés, que posteriormente compararía con el de la Turín que había animado buena parte de la reflexión política de Gramsci<sup>58</sup>: del impetuoso crecimiento, la concentración en grandes empresas industriales y el correlativo aumento de su peso y conciencia política, derivaba una potencial capacidad para conducir a las fuerzas sociales que habrían de revolucionar la sociedad. Y, todavía un año más tarde, reconocía que, pese a carecer de una dirección política independiente, ella sería «la gran protagonista de la historia»<sup>59</sup>.

Pero desde este marco general embestía contra el formalismo comunista y su repetición ritual de un axioma: que el sistema de alianzas de clases que movilizara a las masas contra el capitalismo y el estado burgués debía estructurarse alrededor del proletariado. Visto desde su perspectiva, «la visión de una masa obrera siempre lista para la lucha, esperando la voz de la vanguardia para hacer la revolución, pero que es traicionada permanentemente por la burocracia peronista, de la que no se puede **deshacer**, es pura ingenuidad sociologista»<sup>60</sup>. Perón había capitalizado las transformaciones sociales provocadas por el ciclo de desarrollo industrial iniciado en la década del '30, articulando un sólido bloque de poder en torno a la burguesía industrial y la clase obrera que integró a esta última a su proyecto «mediante una sutil labor de concesiones económicas, sociales y políticas»<sup>61</sup>. La elaboración de una estrategia correcta requería asumir tanto las condiciones objetivas como el dato de que el proletariado hubiera «incorporado a su experiencia de clase la creencia en su participación decisiva en la estructura de poder durante la

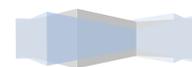
<sup>57</sup> José Aricó, «Examen de conciencia», Op. Cit., pág. 260.

<sup>58</sup> «¿Porque éramos gramscianos al publicar la revista nos imaginábamos vivir en una Turín latinoamericana, o accedimos a Gramsci porque de algún modo Córdoba lo era?», se preguntaría algunos años después. Cfr. José Aricó, *La cola del diablo*, Op. Cit., pág. 98.

<sup>59</sup> José Aricó, «Examen de conciencia», Op. Cit., pág. 259.

<sup>60</sup> *Ibídem*, pág. 260.

<sup>61</sup> *Ibídem*, pág. 258.



década peronista»<sup>62</sup>. Por ello, el que habla es nuevamente Aricó, era imperioso desarrollar

«...una tenaz labor ideológica y política de la izquierda revolucionaria en el seno de la fábrica (revalorizándola como núcleo central de su actividad política, puesto que es **a partir** de la lucha en el interior de la misma fábrica como la clase obrera adquiere la conciencia plena de sus responsabilidades, de su función hegemónica en la sociedad, esa conciencia de productor necesaria para conquistar la dirección moral e intelectual de las clases subalternas)».<sup>63</sup>

En referencia al objetivo de trazar el arco de alianzas de clases que efectivamente pudiera conducir el proceso revolucionario en las condiciones que ofrecía la realidad argentina, la insistencia en remarcar la ineficacia de la izquierda para desplegar su orientación teórica hacia este propósito se completaba en el texto de Aricó con una exhortación a considerar la situación de tales clases en «la terrenalidad contradictoria que asume en una estructura económico-social como la nuestra, caracterizada por un capitalismo atrasado y por regiones de explotación colonial»<sup>64</sup>. Reflejando el abanico de representaciones sobre la dinámica del cambio radical que abren las experiencias cubana y argelina, coronaba el eje revolucionario con el componente campesino: las masas explotadas del noroeste del país. La cadena debía cortarse por su eslabón más débil.

El último número de la serie, sin embargo, viraría el matiz hacia una más clara reivindicación de la autonomía obrera. Expresando la influencia de algunos de los procesos que estaban madurando en el mundo del trabajo, parecía comenzar a desdibujarse la impronta de la difusión de las interpretaciones en clave de la noción de aristocracia. La publicación de un informe sobre el conflicto en las plantas cordobesas de la Fiat<sup>65</sup> –que reponía los aspectos económico-financieros de la instalación de la empresa en el país, la cronología de los sucesos y una caracterización de sus actores– indica una certeza anunciada por Aricó en el artículo que prologaba ese material: que era necesario «develar paso a paso la sustancia del proceso actual de acumulación capitalista»<sup>66</sup>. Sostenía allí que era el punto de vista de la clase obrera el más propicio para comprender el capitalismo –y, en los términos de su planteo, ello se relacionaba con una colocación objetiva que la orientaba potencialmente hacia la destrucción del sistema– y ubicaba a los trabajadores de las grandes empresas como el sector clave para concretar un proyecto político revolucionario.<sup>67</sup>

Desde una vinculación mucho menos transversal con la realidad política coyuntural, el texto de Aricó abría el discurso de *Pasado y Presente* a un

---

<sup>62</sup> Juan Carlos Portantiero, «Socialismo y nación», *Nueva Política*, Año I, N° 1, diciembre de 1965, IDEA.

<sup>63</sup> José Aricó, «Examen de conciencia», Op. Cit., pág. 261. El destacado es del autor.

<sup>64</sup> *Ibídem*, pág. 260.

<sup>65</sup> Antes de la experiencia clasista de 1970-1971, la Fiat fue escenario de un único conflicto de envergadura entre julio y agosto de 1965. Cfr. *Pasado y Presente*, «Informe preliminar sobre el conflicto Fiat», en: *Pasado Presente*, Año III, N° 9, abril-septiembre de 1965.

<sup>66</sup> José Aricó, «Algunas consideraciones preliminares sobre la condición obrera», en: *Pasado y Presente*, Año III, N° 9, Córdoba, abril-septiembre de 1965, pág. 46.

<sup>67</sup> *Ibídem*, pág. 48.

itinerario que, ya en condiciones muy diferentes, los dos números de su segunda serie recorrerían más decididamente, al procurar colocarse en el terreno de la praxis a través de un análisis situado de las alianzas de clase. Admitía entonces que la indiscutible realidad de «una identificación casi absoluta entre proletariado industrial e ideología peronista» mostraba «una solidez inmovible y una resistencia considerable a los intentos políticos de integración encarados por las clases dominantes argentinas». Aricó concluía: «Es preciso reconocer que es esta resistencia la que crea un amplio campo a la política de izquierda en el país.»<sup>68</sup> No sólo estaba aceptando la función directiva del proletariado industrial como «portador de valores fundadores de una nueva civilización»; reconocía además la necesidad de «revalorizar el lugar de producción como nudo de la formación de la conciencia política obrera»:

«El problema central para la izquierda revolucionaria argentina es recoger el contenido político anticapitalista que subyace implícitamente en toda lucha sindical para replantear permanentemente el tema del socialismo; su preocupación esencial debe ser como poner en el centro de la conciencia obrera el problema del poder, en la fábrica y en la sociedad. Es por ello que el significado último de una política revolucionaria socialista no puede ser otro que el de **partir de la fábrica**, de la alienación que sufre el trabajador en el proceso productivo, para relacionarla con la alienación que sufre en la sociedad.»<sup>69</sup>

Para Aricó las luchas en la Fiat habían demostrado que al trascender la acción meramente reivindicativa, desplazando el conflicto a la esfera productiva a través de la ocupación de las plantas y el enfrentamiento con los elementos que definen una condición obrera alienada, el conflicto podía articularse en un nivel más amplio que el estrictamente fabril, posibilitando al proletariado de esas grandes empresas cumplir su función hegemónica sobre el conjunto de las clases subalternas.

La cultura no podía pensarse al margen de esa «estructura condicionante fundamental respecto a los demás elementos sociales» que era la gran industria. Si el objetivo era intervenir para organizar y conducir el descontento obrero, entonces resultaba imprescindible situarse en ese terreno: construir, desde la fábrica, una «categoría especializada de intelectuales» que pudiera otorgar al proletariado «una plena **autonomía** ideológica, política y organizativa». Pero ¿cuáles serían las vías si la clásica opción de la izquierda argentina, es decir, el desarrollo de una vanguardia revolucionaria, aún no había dado frutos? Mientras la «nueva izquierda» persistía en esta tesis, señalando «los males del “espontaneísmo” peronista», el problema seguía sin resolución. Aricó lanzaba al vacío una amarga interrogación:

«Cerrado el camino de un partido de izquierda como única y concreta vía de aproximación a la clase trabajadora, ¿cuál es la posibilidad que se le ofrece al joven intelectual proveniente de las capas medias de fundirse con la clase obrera?»<sup>70</sup>

Anunciaba que ella sería respondida en un próximo número, pero éste se publicaría recién ocho años después, días turbulentos marcados por el golpe

<sup>68</sup> Ibídem, pág. 54

<sup>69</sup> Ibídem, pág. 55. El destacado es nuestro.

<sup>70</sup> Ibídem, pág. 55. El destacado es del autor.



de estado de 1966 y una creciente radicalización social política. Como ha quedado dicho, la «nueva época» de *Pasado y Presente* perfiló el proyecto buscando trazar desde nuevos ejes el vínculo entre cultura y política. Por una parte, se conservaba el núcleo esencial de las preocupaciones que dinamizaron el conjunto de su recorrido, al defender la necesidad de «internarse en el conocimiento concreto del terreno donde afloran los conflictos, auscultando los ritmos del enfrentamiento» como nudo de la intervención política en un sentido revolucionario<sup>71</sup>. Pero la tentativa de producir el encuentro con una identidad política obrera fuertemente constituida en torno a la ideología peronista, ya no buscaba tanto desafiarla como potenciar el componente conflictivo proveniente de las luchas de fábrica para construir desde allí una alternativa clasista en el plano político. Si en el último número de su primera serie se expresaba, a través de la pluma de Aricó, un punto de acuerdo en torno a la importancia del peronismo en tanto movimiento que había contribuido decisivamente a la formación de la clase trabajadora argentina al conferirle homogeneidad a nivel político y sindical, a lo largo de distintas intervenciones publicadas en los dos números de la nueva época puede percibirse que, en una coyuntura política atravesada por elementos novedosos, esa lectura se proyectó hacia la ubicación más precisa de un interlocutor.

La revista abría esta segunda época con un extenso artículo colectivo que constataba que el proceso político abierto en 1969 había señalado el ingreso en una nueva etapa de la lucha de clases al agudizar el enfrentamiento entre la clase obrera y el capital monopolista, la contradicción social básica del país dependiente al menos desde 1955. El grupo no dudaba en ubicar en los trabajadores la fuerza que debía hegemonizar un bloque de poder alternativo: «Objetivamente, la sociedad argentina está madura para iniciar un proceso socialista y la clase obrera aparece como la única en condiciones de liderarlo.»<sup>72</sup> Pero no se afirmaba esto como corolario de una definición de la clase elaborada a partir de las premisas de cierta filosofía de la historia –lo cual, pensaban, no diría tanto sobre ella como sujeto político cuanto sobre la historia de las organizaciones que históricamente pretendieron dirigirla–. Como plantearía José Nun en el número siguiente:

«La clase es un proceso histórico situado en un contexto particular, con características nacionales propias y acotado por la especificidad de luchas que sedimentan en tradiciones, en sistemas de valores, en ideas y en modalidades organizativas concretas.»<sup>73</sup>

Evidentemente, que la confianza en la posibilidad de impulsar el cambio histórico se depositara nuevamente en el proletariado remontaba las demostraciones de fuerza, capacidad de resistencia y combatividad que éste había exhibido en las jornadas del Cordobazo, una y otra vez señaladas como hito de la eclosión de un nuevo movimiento social revolucionario, así como la

---

<sup>71</sup> Pasado y Presente, «El significado de las luchas obreras actuales», en: *Pasado y Presente*, Año IV (nueva serie), N° 2/3, Buenos Aires, julio-diciembre, pág. 271.

<sup>72</sup> Pasado y Presente, «La "larga marcha" al socialismo en la Argentina», en: *Pasado y Presente*, Año IV (nueva serie), N° 1, Buenos Aires, abril-junio de 1973, pág. 4.

<sup>73</sup> José Nun, «El control obrero y el problema de la organización», en: *Pasado y Presente. Revista trimestral*, Año IV (nueva serie), N° 2/3, Op. Cit., pág. 210.

organización autónoma expresada en la experiencia del sindicalismo clasista en Sitrac-Sitram<sup>74</sup>. Fue ésta en particular la que incentivó las expectativas en que las grandes empresas pudieran ser el eje aglutinador de un nuevo tipo de conciencia obrera que estuviera a la altura de promover una transformación global del sistema.

Así, lejos de auspiciar la creencia en un pasaje automático desde la colocación objetiva de la clase como agente del cambio a la toma de conciencia que posibilitara la acción revolucionaria, planteaban que el proletariado sólo podría constituirse como sujeto de la misma en el proceso de lucha por la transformación radical de la sociedad burguesa, un proceso resultante de su actividad consciente y organizada:

«Hoy sabemos que el poder no se “toma” sino a través de un prolongado período histórico, de una “larga marcha”, porque no constituye una institución corpórea y singular de la que basta apoderarse para modificar el rumbo de las cosas.»<sup>75</sup>

Si bien era esencial para estimular el desarrollo político, la vanguardia sólo podía realizar su labor orientadora desde el interior de un movimiento de masas estructurado de forma autónoma, es decir, a través de una red de organismos de democracia directa centrados en las fábricas, espacios de una impetuosa multiplicación de instancias de enfrentamiento con las instituciones de poder y único terreno donde los trabajadores conservan su unidad clasista en tanto productores, esto es, como fuerza de sustentación de valores «que reclaman una organización radicalmente distinta del trabajo, de la educación, de la vida cotidiana, de la dirección de la sociedad».<sup>76</sup>

La factura gramsciana de estas líneas no es fortuita: la referencia a la *guerra de posición* como metáfora de una revolución que no es mero hecho político sino un proceso social cuyo triunfo requiere ineludiblemente la desarticulación de la hegemonía burguesa a través de un poder dual que progresivamente se consolida y prepara las condiciones para su predominio a través del salto cualitativo (“violento”, escriben, y usan comillas: evidencia de que no hay en ese registro del lenguaje de época una valoración negativa<sup>77</sup>) expresado en la definitiva ocupación del estado se reiteraba en diversas intervenciones. Sin sustraerse a una acaso tenue exhalación maoísta –la misma que se había revelado desde el título de la contribución colectiva que vertebró el primer número–, Nun la desplegaba en el artículo citado para modular una argumentación en donde la experiencia vivida en la fábrica, lugar paradigmático de la emergencia de las luchas de masas, asumía un lugar de privilegio en el proceso de formación de la conciencia obrera. Impugnando una idea sintetizada por el Lenin del *¿Qué hacer?*, la de que el socialismo se introduce desde fuera de las luchas de la clase, sostenía allí que sólo educa la actividad concreta «por la que los hombres cambian el mundo al tiempo que se cambian a sí mismos».<sup>78</sup>

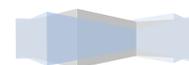
<sup>74</sup> Véase al respecto Héctor Schmucler, Sebastián Malecki y Mónica Gordillo, *El obrerismo de Pasado y Presente. Documentos para un dossier (no publicado) sobre SITRAC-SITRAM*, Ediciones Al margen, La plata, 2009.

<sup>75</sup> Pasado y Presente, «La “larga marcha” al socialismo en la Argentina», Op. Cit., pág. 14.

<sup>76</sup> *Ibidem*, pág. 14.

<sup>77</sup> *Ibidem*, pág. 18.

<sup>78</sup> José Nun, «El control obrero y el problema de la organización», Op. Cit., pág. 210.



Éste debía ser el insumo esencial de toda reflexión teórica que quisiera contribuir a radicalizar las prácticas políticas de los trabajadores. La cuestión entonces, continuaba colocada en el ámbito de la discusión con aquellas tendencias que al interior del marxismo pretendían erigir las reflexiones suscitadas por muy diversas circunstancias en «paradigma de la conciencia justa que esta clase debe alcanzar»<sup>79</sup>. La sutil diferencia estribaba en que *Pasado y Presente* aceptaba ya sin mortificación que «la larga marcha» no podría recorrerse si no se admitía que «cuestión obrera» y «cuestión peronista» eran indisociables. No era el de esa relación –sostenían– un problema teórico sino un dato de la realidad; para poder intervenir sobre ella era necesario asumirlo.<sup>80</sup>

Conectada a esa comprobación, la caracterización del peronismo era nuevamente corregida, pagando su tributo al horizonte ideológico dominante en el campo político-cultural en esa coyuntura<sup>81</sup>: luego de examinar el proceso de movilización social que había llevado al retorno del peronismo en 1973, concluían que, como síntesis de un conjunto de fuerzas sociales en la cual los trabajadores habían tenido una presencia protagónica, este movimiento había constituido desde 1955 la principal interferencia a los planes políticos y económicos del capital monopólico imperialista para la sociedad argentina. La intervención de su base social para frenar la ofensiva contrarrevolucionaria inaugurada por la «Revolución Libertadora» demostraba que representaba una experiencia ineludible de la clase obrera; su adhesión al mismo sólo podía pensarse como un momento en el desarrollo de una alternativa política autónoma:

«La historia de la clase obrera hacia su autoconciencia se funde con la del movimiento nacional-popular, porque es allí donde los explotados reconocen su único término de unidad y lealtad política.»<sup>82</sup>

En clara sintonía con el famoso juicio de John William Cooke –de quien publicarían un inédito de 1961 en el que éste polemizaba con el PCA<sup>83</sup>– el componente «maldito» que el hecho peronista expresaba para la burguesía debía ser fortalecido, impulsando a partir de las luchas por el control obrero que se desataron tras la victoria electoral del 11 de marzo el desarrollo de una conciencia socialista. Porque la significación primordial de esta pluralidad heterogénea de experiencias que emergían «como movimientos autónomos de la base que buscan limitar las prerrogativas patronales y que expresan la posibilidad latente de un nuevo orden, de un poder nacido en el seno de la clase obrera», residía en que trazaban el recorrido estratégico de la «larga marcha de los trabajadores hacia su autoemancipación».<sup>84</sup> Territorio posible de

---

<sup>79</sup> *Ibidem*, pág. 209.

<sup>80</sup> *Pasado y Presente*, «La “larga marcha” al socialismo en la Argentina», *Op. Cit.*, pág. 19.

<sup>81</sup> Ello sin desmedro de la existencia de orientaciones que, desde sus bordes, se ubicaron en una perspectiva diferente para leer el fenómeno. Horacio Tarcus ha señalado los casos de Milcíades Peña y Silvio Frondizi como paradigmáticos respecto de esta tensión. Cfr. Horacio Tarcus, *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*, El cielo por asalto, Buenos Aires, 1996.

<sup>82</sup> *Pasado y Presente*, «La “larga marcha” al socialismo en la Argentina», *Op. Cit.*, pág. 21.

<sup>83</sup> John William Cooke, «Aportes a la crítica del reformismo en la Argentina», en *Pasado y Presente. Revista trimestral*, Año IV (nueva serie), N° 2, *Op. Cit.*

<sup>84</sup> José Nun, «El control obrero y el problema de la organización», *Op. Cit.*, pág. 226.

la ansiada confluencia entre la clase obrera peronista y la izquierda, la construcción del camino nacional hacia el socialismo solicitaba la conjunción de un componente espontáneo y una dirección consciente, esto es: «política de masas y no simple aventura de grupos que se limitan a apelar a las masas».<sup>85</sup>

---

<sup>85</sup> Antonio Gramsci, «Espontaneidad y dirección consciente», en: *Pasado y Presente*, Año IV (nueva serie), N° 1, Op. Cit., pág. 137. Citado en: José Nun, «El control obrero y el problema de la organización», Op. Cit., pág. 222.